

HAY HABITACIONES

Por Rodrigo Fresán

Tuvo que llegar un soberbio ruso *emigré* a las tierras baldías de los Estados Unidos para señalar y descubrirle al resto de sus colegas las poderosas posibilidades del reino secreto de los moteles. Sí, aquí vienen Humbert y Lolita comprando refrescos y hielo en la máquina de afuera del cuarto y viviendo su amor prohibido sobre cubrecamas de colores. Después, enseguida, claro, el boom de la especie y la degustación de moteles siempre que se pueda: en la psicosis de Norman Bates, en el itinerario espasmódico y beebop de los beatniks y en todas esas películas de los '80 donde un prolijo yuppie se vuelve un poquito loco, se afloja mucho la corbata y sale a la carretera a matar o morir en nombre del Dow Jones.

El caso de Sam Shepard (Illinois, 1943, bautizado con el dinástico nombre de Samuel Shepard Rogers VII) es diferente. Autor de teatro fecundo, se educó a California y se fue por la Ruta 66 rumbo a Nueva York donde no demoró en convertirse en el más hábil del rodeo *avant garde* de escenario mientras aseguraba que lo que a él le interesaba era ser "una estrella de rock". Escribió obras de teatro donde cowboys alucinados cumplían el mismo rol y función dramática que, años atrás, había cumplido Blanche Dubois en *Un tranvía llamado Deseo*. Ya saben: gente al borde o gente cayendo o gente estrellada contra el fondo de todas las cosas, pero siempre enlazadas por los peligros y tentaciones de considerar a U.S.A. como un territorio mitológico y atroz. Algunos, incluso, llegan a considerarlo el digno y legítimo sucesor de Eugene O'Neill. Otros dicen que no es para tanto. En cualquier caso, Shepard tiene un Pulitzer y dos Obies en sus estantes, es amigo y compadre de Bob Dylan (cubrió su gira Rolling Thunder y escribió una obra en un acto con Dylan de protagonista), descubrió un lindo y ocasional *free-lance* como galán y héroe en el cine, está casado con Jessica Lange, y ha producido varios libros de relatos atendibles y que pueden inscribirse dentro del minimalismo más mínimo o de un realismo todavía más sucio que el de Carver, Wolff y Ford. El más célebre de ellos –las postales y apuntes de *Crónicas de motel*, 1984– inspiraron su adaptación para el popular film de Wim Wenders *París/Texas*. En sus breves páginas, Shepard aparece como una especie de hombre-cámara sin rumbo fijo detectando aquí y allá bacterias y átomos de posibles historias siempre creciendo a un costado del camino y multiplicándose en esas construcciones donde los viajeros se detienen a cuidar sus sueños o deshacerse de sus pesadillas. La película incorpora este estado de ánimo sonambuloso al personaje del errante Travis, interpretado con rara brillantez por Harry Dean-Stanton. Shepard –tipo con suerte– se llevó el premio de Cannes al mejor guión de esta película que, es más que seguro, Vladimir Nabokov hubiera detestado. O no; con Nabokov nunca se sabe.

Crónicas de m

Me volví hacia la extensión de tierras y me pregunté hasta dónde ir. Exactamente la misma pregunta que me hice antes, cuando nadaba en el océano. ¿A partir de qué lugar empieza a ser peligroso seguir alejándose? Y comprendí que uno se lo pregunta cuando ya empieza a creer que ha ido demasiado lejos.

Por Sam Shepard

En el tren al que amo tantísimo. El tren al que fueron cambiando de nombre: primero, de acuerdo con la zona que atravesaba; luego, más tarde, un necio nombre que armonizaba con el sentido empresarial del anonimato. El tren sigue siendo el mismo. Siguen brotando en este tren los mismos sentimientos. El mismo maravillado asombro. La misma descorazonadora sed de la tierra que pasa por la ventanilla. Si alguien me lo regalara, viviría en un tren.

En este mismo tren me he sentado en el vagón restaurante. Observando. Fingiendo que leo la carta. Una rubia estilo Tuesday Weld, de unos quince años, descalza, lee un grueso libro verde y come de mala gana una ensalada. Me mira primero a mí y luego baja la vista al libro. No puedo apartar mi vista de sus pies. Más que su pelo, lo que me recuerda a Tuesday Weld con sus pies. Son sus pies lo que me transporta a un viejo programa de entrevistas de la TV en el que Tuesday Weld se presentó descalza y con falda larga, y el entrevistador (me parece que era David Susskind) se pasó todo el rato humillándola por haber ido descalza a su programa y diciendo que esto era una indiscutible señal de su neurótica inmadurez y de su necesidad de llamar la atención. Me enamoré de Tuesday Weld viendo ese programa. Pensé que era el equivalente femenino de Marlon Brando.

La chica sigue mirándome por encima de su grueso libro verde y yo siento como si me asfixiara. La chica lleva una de esas blusas elásticas sin tirantes. De esas que basta darles un tirón hacia abajo para que todo quede al descubierto. Parece tardar muchísimo en terminar su ensalada.

Me acerco a su mesa y le pregunto qué lee.

–La historia del suicidio en Norteamérica.

–¿Eres especialista en suicidios? –le pregunto.

–No –contesta ella.

–Oh –digo yo.

De una cosa pasamos a la siguiente y acabamos en su compartimiento. No tiene más de quince años, pienso yo todo el rato. Yo sólo tengo diecinueve. Quince y diecinueve. Esto significa que cuando yo tenía cuatro años ella no existía. Dice que es de religión mormona. Dice que su Papá la recogerá en Salt Lake.

(Imagino a su papá con un sombrero negro de ala ancha, traje negro, delgado lazo negro, sentado en una calesa tirada por una mula negra y con un látigo en una mano, esperando en la estación del tren, gaviotas describiendo lentos círculos sobre su cabeza.)

Abre la cama que está sujeta a la pared. Cree que es muy gracioso. Al abrirse, la cama no deja hueco para permanecer en pie. El tren da una sacudida. Su blusa es más fácil de quitar de lo que me había imaginado. Me dice que no puede "hacerlo", y yo jamás había oído esa expresión de modo que le digo "¿Hacer qué?". Lo "hacemos" sin parar desde Winnemucca hasta cruzar por completo el Desierto del Great Salt Lake. Se parece mucho a cruzar el océano de noche. Un tren marino. Por la ventana, el brillo blanco de la sal. Dice que nunca más podrá atreverse a mirar a la cara a su novio.

Cuando el tren se detiene en Salt Lake la observo saltar los peldaños metálicos del vagón para ir a caer en una nube de vapor. Oigo los pasos de sus pies descalzos por el andén, pero ya ha desaparecido. Huele intensamente a acero. Luces del andén. Mozos de roja gorra empujando carretillas de equipajes. El vapor se va haciendo menos espeso y aparece una calle lejana. Siento impulsos de irme por esa calle. Abandonar el barco y seguirla, pero no se la ve por ningún lado.

–¡Tuesday! –grito hacia la noche de Salt Lake City–. ¡Tuesday, no me abandones!

De nuevo en mi asiento, el tren se desliza. De repente empiezo a tener vivas premoniciones. Ella se lo va a contar todo a Papá. Temo represalias al llegar a cada estación. Puertas que se abren de golpe.

(Su papá se parece ahora a Sterling Hayden y lleva una escopeta del calibre doce. Me aterro pensando que el tren se detendrá en algún apeadero remoto y que el revisor me entregará al vengativo padre. Me llevarán al desierto y seré decapitado. Seré mutilado como Osiris y esta pequeña Isis rubia vendrá a recoger mis fragmentos. Volverá a componer mi cuerpo. Le costará muchos años encontrar todos mis miembros, pero seguirá sin hallar mis partes pudendas, que habrán bajado flotando por el río Colorado hasta el interior de México. Ella seguirá el curso del río, llorando mi cuerpo mutilado. Alzando mi cortada cabeza hacia la luna, flotando por el río, gimiendo sin parar. Sus lamentos llenarán a rebosar el Gran Cañón.)

A la una y media de la madrugada me apeo en Missouri. Tengo que salir hacia Chicago por la mañana pero no soporto todo ese viaje. Si voy a pie tengo al menos alguna posibilidad de salvarme. Encuentro una cabina de teléfonos junto a un campo de maíz y llamo a Illinois a cobro revertido. Contesta mi Abuela. No se alegra de oírme. No se alegra de tener que pagar esta llamada. No consigue entender dónde estoy ni por qué llamo.

–Estoy en una cabina de teléfonos junto a un campo de maíz, en Missouri. Muy cerca del Mississippi.

Todavía no logra entenderlo. Hace siete años que no la veo, que ni siquiera le escribo una carta.

–Mañana iré a verte. ¿Qué tal se encuentra Abuelo?

Ella me pregunta si me doy cuenta de la hora que es.

–Sí, sí. Lo siento, Abuela, pero tenía que apearme del tren. Mi vida corría peligro.

Subo a un Greyhound con destino a Chicago y luego hago auto-stop por el campo. La alquería parece abandonada. Junto a la casa hay una pila de mazorcas puestas a secar y al lado cuelgan del cuello los cuervos que mi abuelo ha matado. Están atados con bandas elásticas de color rojo y se balancean ligeramente, como rebotando, cuando les da el viento. Según la teoría de mi Abuelo, sirven de espantapájaros para los otros cuervos.

Mi Abuelo está sentado igual que siempre: en un agujero de su sofá, envuelto en mantas de ganchillo, mirando la TV. Ahora parece un esqueleto. Le gusta el anuncio de cerveza Hamm. "El país de aguas azules como el cielo." El dibujo animado del castorcillo que pega brincos en lo alto de la cascada y canta la canción. Cree que Truman fue nuestro mejor presidente y escribe iracundas cartas a los periódicos de Chicago, firmándolas "Un simple y sucio granjero". Predice que habrá "un negrazo en la Casa Blanca en 1970". Es un acérrimo partidario de los Chicago Cubs. Dice que yo jamás hubiese debido abandonar el béisbol.

–Hubieses hecho carrera con los Majors –dice–. No está mal la vida que llevan. No está mal que te paguen por jugar.

Fuma y bebe sin parar y escupe sangre en una escupidera de latón como las que se ven en los vestíbulos de los hoteles antiguos. A veces tose con tal violencia que todo su cuer-



Crónicas de motel

Me volví hacia la extensión de tierras y me pregunté hasta dónde ir. Exactamente la misma pregunta que me hice antes, cuando nadaba en el océano. ¿A partir de qué lugar empieza a ser peligroso seguir alejándose? Y comprendí que uno se lo pregunta cuando ya empieza a creer que ha ido demasiado lejos.



Por Sam Shepard

En el tren al que amo tantísimo. El tren al que fueron cambiando de nombre: primero, de acuerdo con la zona que atravesaba; luego, más tarde, un necio nombre que armonizaba con el sentido empresarial del anonimato. El tren sigue siendo el mismo. Siguen brotando en este tren los mismos sentimientos. El mismo maravillado asombro. La misma descorazonadora sed de la tierra que pasa por la ventanilla. Si alguien me lo regalara, viviría en un tren.

En este mismo tren me he sentado en el vagón restaurante. Observando. Fingiendo que leo la carta. Una rubia estilo Tuesday Weld, de unos quince años, descalza, lee un grueso libro verde y come de mala gana una ensalada. Me mira primero a mí y luego baja la vista al libro. No puedo apartar mi vista de sus pies. Más que su pelo, lo que me recuerda a Tuesday Weld con sus pies. Son sus pies lo que me transporta a un viejo programa de entrevistas de la TV en el que Tuesday Weld se presentó descalza y con falda larga, y el entrevistador (me parece que era David Susskind) se pasó todo el rato humillándola por haber ido descalza a su programa y diciendo que esto era una indiscutible señal de su neurótica inmadurez y de su necesidad de llamar la atención. Me enamoré de Tuesday Weld viendo ese programa. Pensé que era el equivalente femenino de Marlon Brando.

La chica sigue mirándome por encima de su grueso libro verde y yo siento como si me asfixiara. La chica lleva una de esas blusas elásticas sin tirantes. De esas que basta darles un tirón hacia abajo para que todo quede al descubierto. Parece tardar muchísimo en terminar su ensalada.

Me acerco a su mesa y le pregunto qué lee.

–La historia del suicidio en Norteamérica.

–¿Eres especialista en suicidios? –le pregunto.

–No –contesta ella.

–Oh –digo yo.

De una cosa pasamos a la siguiente y acabamos en su compartimiento. No tiene más de quince años, pienso yo todo el rato. Yo sólo tengo diecinueve. Quince y diecinueve. Esto significa que cuando yo tenía cuatro años ella no existía. Dice que es de religión mormona. Dice que su Papá la recogerá en Salt Lake.

(Imagino a su papá con un sombrero negro de ala ancha, traje negro, delgado lazo negro, sentado en una calesa tirada por una mula negra y con un látigo en una mano, esperando en la estación del tren, gaviotas describiendo lentos círculos sobre su cabeza.)

Abre la cama que está sujeta a la pared. Cree que es muy gracioso. Al abrirse, la cama no deja hueco para permanecer en pie. El tren da una sacudida. Su blusa es más fácil de quitar de lo que me había imaginado. Me dice que no puede "hacerlo", y yo jamás había oído esa expresión de modo que le digo "¿Hacer qué?". Lo "hacemos" sin parar desde Winnemucca hasta cruzar por completo el Desierto del Great Salt Lake. Se parece mucho a cruzar el océano de noche. Un tren marino. Por la ventana, el brillo blanco de la sal. Dice que nunca más podrá atreverse a mirar a la cara a su novio.

Cuando el tren se detiene en Salt Lake la observo saltar los peldaños metálicos del vagón para ir a caer en una nube de vapor. Oigo los pasos de sus pies descalzos por el andén, pero ya ha desaparecido. Huele intensamente a acero. Luces del andén. Mozos de roja gorra empujando carretillas de equipajes. El vapor se va haciendo menos espeso y aparece una calle lejana. Siento impulsos de irme por esa calle. Abandonar el barco y seguirla, pero no se la ve por ningún lado.

–¡Tuesday! –grito hacia la noche de Salt Lake City–. ¡Tuesday, no me abandones!

De nuevo en mi asiento, el tren se desliza. De repente empiezo a tener vivas premoniciones. Ella se lo va a contar todo a Papá. Temo represalias al llegar a cada estación. Puertas que se abren de golpe.

(Su papá se parece ahora a Sterling Hayden y lleva una escopeta del calibre doce. Me aterro pensando que el tren se detendrá en algún apeadero remoto y que el revisor me entregará al vengativo padre. Me llevarán al desierto y seré decapitado. Seré mutilado como Osiris y esta pequeña Isis rubia vendrá a recoger mis fragmentos. Volverá a componer mi cuerpo. Le costará muchos años encontrar todos mis miembros, pero seguirá sin hallar mis partes pudendas, que habrán bajado flotando por el río Colorado hasta el interior de México. Ella seguirá el curso del río, llorando mi cuerpo mutilado. Alzando mi cortada cabeza hacia la luna, flotando por el río, gimiendo sin parar. Sus lamentos llenarán a rebosar el Gran Cañón.)

A la una y media de la madrugada me apeo en Missouri. Tengo que salir hacia Chicago por la mañana pero no soporto todo ese viaje. Si voy a pie tengo al menos alguna posibilidad de salvarme. Encuentro una cabina de teléfonos junto a un campo de maíz y llamo a Illinois a cobro revertido. Contesta mi Abuela. No se alegra de oírme. No se alegra de tener que pagar esta llamada. No consigue entender dónde estoy ni por qué llamo.

–Estoy en una cabina de teléfonos junto a un campo de maíz, en Missouri. Muy cerca del Mississippi.

Todavía no logra entenderlo. Hace siete años que no la veo, que ni siquiera le escribo una carta.

–Mañana iré a verte. ¿Qué tal se encuentra Abuelo?

Ella me pregunta si me doy cuenta de la hora que es.

–Sí, sí. Lo siento, Abuela, pero tenía que apearme del tren. Mi vida corría peligro.

Subo a un Greyhound con destino a Chicago y luego hago auto-stop por el campo. La alquería parece abandonada. Junto a la casa hay una pila de mazorcas puestas a secar y al lado cuelgan del cuello los cuervos que mi abuelo ha matado. Están atados con bandas elásticas de color rojo y se balancean ligeramente, como rebotando, cuando les da el viento. Según la teoría de mi Abuelo, sirven de espantapájaros para los otros cuervos.

Mi Abuelo está sentado igual que siempre: en un agujero de su sofá, envuelto en mantas de ganchillo, mirando la TV. Ahora parece un esqueleto. Le gusta el anuncio de cerveza Hamm. "El país de aguas azules como el cielo." El dibujo animado del castorcillo que pega brincos en lo alto de la cascada y canta la canción. Cree que Truman fue nuestro mejor presidente y escribe iracundas cartas a los periódicos de Chicago, firmándolas "Un simple y sucio granjero". Predice que habrá "un negrazo en la Casa Blanca en 1970". Es un acérrimo partidario de los Chicago Cubs. Dice que yo jamás hubiese debido abandonar el béisbol.

–Hubieses hecho carrera con los Majors –dice–. No está mal la vida que llevan. No está mal que te paguen por jugar.

Fuma y bebe sin parar y escupe sangre en una escupidera de latón como las que se ven en los vestíbulos de los hoteles antiguos. A veces tose con tal violencia que todo su cuerpo se dobla por la mitad y se pasa un buen rato sin poder respirar. Su mundo está circunscrito en torno al sofá. Todo lo que necesita está a unos tres palmos de donde se sienta. La TV sólo la tiene para el béisbol. Cuando termina el partido llega Abuela y la apaga. Lo hace justo a tiempo. Puede oír el momento en que termina el partido desde cualquier rincón de la casa. Tiene las orejas muy grandes.

Cuando todos duermen, paseo por la habitación del primer piso y miro las fotos de mis Tíos. El Tío que murió en una habitación de motel en su noche de bodas. La esposa que murió con él. El Tío que perdió una pierna a los diez años. El Tío que dio un braguetazo que le permitió ingresar en la Mafia de Chicago. El Tío que talaba árboles en los Grandes Bosques del Norte. El Tío que era conductor de camión. El Tío que era criador de Springer Spaniels. Todos los Tíos que tienen en la cara los mismos huesos que mi Abuelo.

Me desplomo en la cama. "Quince y diecinueve", pienso. "Quince y diecinueve." Silba a lo lejos un tren. Cantan las cigarras. Todavía puedo oír sus pasos descalzos.

24/9/80
San Francisco, Ca.

Un Impala rojo del cincuenta y nueve, con el perfil rebajado a base de cortar y sajar buena parte de su carrocería, y provisto de faldones de aluminio, se desliza silenciosamente a través de los exuberantes pastizales de Napa. El único coche que circula por la carretera. Es el primer día de la nueva Década y me esfuerzo por no ver en este acontecimiento ningún tipo de signo. Y mucho menos un signo de los nuevos tiempos. Estoy absolutamente inmóvil, sentado en la plateada cabina de un camión con mi Madre, mi Hijo y mi Perro. No puedo dejar de mirar el coche rojo. Su forma de deslizarse. Su forma de interrumpir este aislado paisaje agrícola con su elegante y burlona risa ciudadana. Su antena cromada rebanando suavemente el aire. Una diabólica varita mágica que caza ondas procedentes de lejanas torres.

La Voz de mi Madre le cuenta a mi Hijo la historia de mi Abuelo, mi Padre y el Gallo. Dice así: "Cuando mi Padre era sólo un Chiquillo, estaba un día jugando a gatas en el patio por donde corrían las gallinas. Su Padre (mi Abuelo) le observaba a cierta distancia, desde el porche, sentado en una mecedora. Un Gran Gallo Leghorn se acercó a mi Padre para picotearle los ojos. Mi abuelo se puso en pie, agarró una llave inglesa del tractor, la lanzó contra el Gallo y le arrancó la cabeza. Mi Padre no se dio cuenta del motivo de aquel acto. Sólo vio primero un Pollo entero, y al instante siguiente un Gallo descabezado. Mi Abuelo volvió a su mecedora y se sentó. Mi Padre siguió rondando por allí a cuatro patas. El Gallo se puso a dar vueltas en busca de su cabeza."

El Impala rojo desaparece tras un seto de Eucaliptos Gigantes. El pastizal está empapado de lluvia. No tengo ganas de moverme. Casi preferiría vivir en este camión. Casi me gustaría que creciera la hierba entre sus neumáticos.

1/1/80
Napa, Ca.

El Hilo Musical suelta un zumbido cada vez que suben los graves del bajo para fundirse en el coro de trompetas asordinadas (Tijuana Brass). El ayudante de camarero, un joven chicano que tiene una cicatriz muy marcada a todo lo largo de la nariz, está encorvado detrás del mostrador, con un teléfono amarillo. Más que uniformado parece disfrazado, como si el uniforme no fuese capaz de transformarle socialmente y convertirle en un ayudante de camarero. Habla con breves frases suaves, en castellano. Se le arrugan las comisuras de los ojos, como si al otro extremo del hilo hubiese una mujer.

Adolescentes con navaja automática y que acaban de echarse novia cruzan constantemente del mostrador a la pared de los teléfonos públicos.

Desde una cabina anaranjada un hombre grita:

–¡Juanita!

Se dirige a una morena alta y flaca que parece cualquier cosa menos española. Ella se vuelve hacia él, abrazándose el pecho, con los ojos muy abiertos, como si no supiera qué esperar, hasta que le reconoce y corre hacia él diciendo:

–¡Dios mío! He oído que me llamaban por mi nombre y he pensado "alguien me conoce".

1/79
San Joaquín Valley, Ca.

En este pueblo hay tres personas que tratan de desviar su propia muerte hacia otros. Dos mujeres con bata de enfermera. Un hombre con smoking azul. Sé quiénes son aunque sólo les he visto de lejos. Siempre por la noche. Siempre amontonados, formando un grupo frenético en las esquinas, empujando el uno hacia el otro una vieja silla de mimbre. Discutiendo en susurros. Tratando de esconder sus caras. Caminando furtivamente por el barrio con zapatillas deportivas. Sé quiénes son, pero jamás revelaré sus delitos. El centro de su discusión es la silla de mimbre. Todo su terror emana de esta silla de mimbre. Una mañana, de repente, apareció en la fachada de la casa de uno de ellos. Todos estuvieron de acuerdo en que era una señal de mal augurio. Señal inequívoca de su muerte inminente. Ahora creen que si dejan la silla delante de la casa de otro evitarán su propia muerte. Pero cada mañana la silla aparece delante de su casa.

Esta noche la dejan delante de la mía. Les veo cuando la traen. No intento impedírselo. Tienen tanto miedo de que alguien les pille, que soy incapaz de sorprenderles. Veo cómo la tiran y luego salen corriendo. Les oigo correr varias manzanas a toda velocidad, como si temiesen que la silla pudiera perseguirles. Observo la silla. No se mueve. A pesar del frío viento, salgo y la arrojo hacia la calzada, pero el viento la empuja de nuevo hacia mi casa. Cojo la silla, la llevo hasta el centro de la calzada y la dejo tirada allí. Regreso a casa corriendo.

Observo la silla desde mi ventana. Se ha quedado allí, en medio de la calle. Aunque los faros de los coches la iluminan no se mueve. Me quedo dormido mirándola desde la ventana. Por la mañana vuelve a estar junto a mi porche.

23/7/80
Homestead Valley, Ca.

Encontré un pájaro acuático muerto en medio de un aparcamiento. No había coches. El pájaro estaba entero. Desmayado y sin huellas de sangre. Me lo llevé a casa y lo metí en la nevera. Al día siguiente mi Papá y yo lo llevamos por las casas de la vecindad y preguntamos a la gente si había visto alguna vez a un pájaro como ése. Nadie lo recordaba. Se lo llevamos al taxidermista y tampoco él supo decirnos qué clase de pájaro era, aunque todos estábamos de acuerdo en que tenía que ser un pájaro acuático porque tenía los pies palmeados. Según el taxidermista, el pájaro debía de estar volando por encima del aparcamiento y confundió los reflejos del pavimento por un lago. Suponía que el pájaro se estrelló contra el asfalto y se rompió el cuello. A mí me pareció tan desaforada esta teoría del taxidermista que durante varios días no dejé de pensar en ella. Me ponía en el lugar del pájaro, volando por encima del aparcamiento, haciendo una travesía en busca de un lago. ¿Por qué un pájaro así se encontraba, para empezar, tan lejos de los lugares en donde hay lagos? ¿Cómo era posible que un pájaro se perdiese?

30/1/80
Homestead Valley, Ca.

Había penetrado profundamente en las treinta y dos hectáreas de pastos que acababan de brotar y la cabeza no paraba. Podía ver a través de las verdes hojas las marcas dejadas por el tractor en su última pasada. Las profundas depresiones de las huellas del ganado en los sitios en donde el suelo estaba embarrado y se lo habían comido todo y sólo quedaba un corto rastrojo amarillo. Más o menos cuando atajaron el incendio. Oía a mi cuerpo que quería irse y tenderse, pero mi cabeza no le hacía caso. Vi que aquí, al aire libre, era mucho más fácil determinar la hora. Todo aquí entendía íntimamente que el sol se estaba yendo. Hasta los halcones lo dejaban para el día siguiente.

Seguí pensando que allá en el establo había alguien que me llamaba. Oía en realidad su voz y me volví a mirar. No había nadie.

Me volví hacia la extensión de tierras y me pregunté hasta dónde ir. Exactamente la misma pregunta que me hice antes, cuando nadaba en el océano. ¿A partir de qué lugar empieza a ser peligroso seguir alejándose? Y comprendí que uno se lo pregunta cuando ya empieza a creer que ha ido demasiado lejos.

18/12/79
Petaluma, Ca.

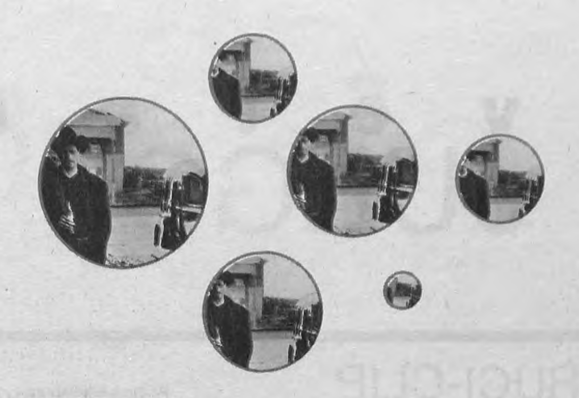
Jack Montgomery metió todo el brazo hasta el fondo de la garganta de mi caballo. Yo se lo vi hacer. Me quedé mirándole, viendo cómo le desaparecía el brazo hasta el codo. Un riachuelo de baba teñida de verde por la alfalfa cayó sobre mis botas. Lo vi correr. Vi que mi caballo ponía los ojos en blanco, vi que me miraba como un demonio asustado. Vi desaparecer el sol detrás de su cabeza.

Petaluma adquiría una débil tonalidad anaranjada.

13/1/80
Petaluma, Ca. ●



otel



po se dobla por la mitad y se pasa un buen rato sin poder respirar. Su mundo está circunscrito en torno al sofá. Todo lo que necesita está a unos tres palmos de donde se sienta. La TV sólo la tiene para el béisbol. Cuando termina el partido llega Abuela y la apaga. Lo hace justo a tiempo. Puede oír el momento en que termina el partido desde cualquier rincón de la casa. Tiene las orejas muy grandes.

Cuando todos duermen, paseo por la habitación del primer piso y miro las fotos de mis Tíos. El Tío que murió en una habitación de motel en su noche de bodas. La esposa que murió con él. El Tío que perdió una pierna a los diez años. El Tío que dio un braguetazo que le permitió ingresar en la Mafia de Chicago. El Tío que talaba árboles en los Grandes Bosques del Norte. El Tío que era conductor de camión. El Tío que era criador de Springer Spaniels. Todos los Tíos que tienen en la cara los mismos huesos que mi Abuelo.

Me desplomo en la cama. "Quince y diecinueve", pienso. "Quince y diecinueve." Silba a lo lejos un tren. Cantan las cigarras. Todavía puedo oír sus pasos descalzos.

24/9/80
San Francisco, Ca.

Un Impala rojo del cincuenta y nueve, con el perfil rebajado a base de cortar y sajar buena parte de su carrocería, y provisto de faldones de aluminio, se desliza silenciosamente a través de los exuberantes pastizales de Napa. El único coche que circula por la carretera. Es el primer día de la nueva Década y me esfuerzo por no ver en este acontecimiento ningún tipo de signo. Y mucho menos un signo de los nuevos tiempos. Estoy absolutamente inmóvil, sentado en la plateada cabina de un camión con mi Madre, mi Hijo y mi Perro. No puedo dejar de mirar el coche rojo. Su forma de deslizarse. Su forma de interrumpir este aislado paisaje agrícola con su elegante y burlona risa ciudadana. Su antena cromada rebanando suavemente el aire. Una diabólica varita mágica que caza ondas procedentes de lejanas torres.

La Voz de mi Madre le cuenta a mi Hijo la historia de mi Abuelo, mi Padre y el Gallo. Dice así: "Cuando mi Padre era sólo un Chiquillo, estaba un día jugando a gatas en el patio por donde corrían las gallinas. Su Padre (mi Abuelo) le observaba a cierta distancia, desde el porche, sentado en una mecedora. Un Gran Gallo Leghorn se acercó a mi Padre para picotearle los ojos. Mi abuelo se puso en pie, agarró una llave inglesa del tractor, la lanzó contra el Gallo y le arrancó la cabeza. Mi Padre no se dio cuenta del motivo de aquel acto. Sólo vio primero un Pollo entero, y al instante siguiente un Gallo descabezado. Mi Abuelo volvió a su mecedora y se sentó. Mi Padre siguió rondando por allí a cuatro patas. El Gallo se puso a dar vueltas en busca de su cabeza."

El Impala rojo desaparece tras un seto de Eucaliptos Gigantes. El pastizal está empapado de lluvia. No tengo ganas de moverme. Casi preferiría vivir en este camión. Casi me gustaría que creciera la hierba entre sus neumáticos.

1/1/80
Napa, Ca.

El Hilo Musical suelta un zumbido cada vez que suben los graves del bajo para fundirse en el coro de trompetas asordinadas (Tijuana Brass). El ayudante de camarero, un joven chicano que tiene una cicatriz muy marcada a todo lo largo de la nariz, está encorvado detrás del mostrador, con un teléfono amarillo. Más que uniformado parece disfrazado, como si el uniforme no fuese capaz de transformarle socialmente y convertirle en un ayudante de camarero. Habla con breves frases suaves, en castellano. Se le arrugan las comisuras de los ojos, como si al otro extremo del hilo hubiese una mujer.

Adolescentes con navaja automática y que acaban de echarse novia cruzan constantemente del mostrador a la pared de los teléfonos públicos.

Desde una cabina anaranjada un hombre grita:

–¡Juanita!

Se dirige a una morena alta y flaca que parece cualquier cosa menos española. Ella se vuelve hacia él, abrazándose el pecho, con los ojos muy abiertos, como si no supiera qué esperar, hasta que le reconoce y corre hacia él diciendo:

–¡Dios mío! He oído que me llamaban por mi nombre y he pensado "alguien me conoce".

1/79
San Joaquín Valley, Ca.

En este pueblo hay tres personas que tratan de desviar su propia muerte hacia otros. Dos mujeres con bata de enfermera. Un hombre con smoking azul. Sé quiénes son aunque sólo les he visto de lejos. Siempre por la noche. Siempre amontonados, formando un grupo frenético en las esquinas, empujando el uno hacia el otro una vieja silla de mimbre. Discutiendo en susurros. Tratando de esconder sus caras. Caminando furtivamente por el barrio con zapatillas deportivas. Sé quiénes son, pero jamás revelaré sus delitos. El centro de su discusión es la silla de mimbre. Todo su terror emana de esta silla de mimbre. Una mañana, de repente, apareció en la fachada de la casa de uno de ellos. Todos estuvieron de acuerdo en que era una señal de mal augurio. Señal inequívoca de su muerte inminente. Ahora creen que si dejan la silla delante de la casa de otro evitarán su propia muerte. Pero cada mañana la silla aparece delante de su casa.

Esta noche la dejan delante de la mía. Les veo cuando la traen. No intento impedírselo. Tienen tanto miedo de que alguien les pille, que soy incapaz de sorprenderles. Veo cómo la tiran y luego salen corriendo. Les oigo correr varias manzanas a toda velocidad, como si temiesen que la silla pudiera perseguirles. Observo la silla. No se mueve. A pesar del frío viento, salgo y la arrojo hacia la calzada, pero el viento la empuja de nuevo hacia mi casa. Cojo la silla, la llevo hasta el centro de la calzada y la dejo tirada allí. Regreso a casa corriendo.

Observo la silla desde mi ventana. Se ha quedado allí, en medio de la calle. Aunque los faros de los coches la iluminan no se mueve. Me quedo dormido mirándola desde la ventana. Por la mañana vuelve a estar junto a mi porche.

23/7/80
Homestead Valley, Ca.

Encontré un pájaro acuático muerto en medio de un aparcamiento. No había coches. El pájaro estaba entero. Desmayado y sin huellas de sangre. Me lo llevé a casa y lo metí en la nevera. Al día siguiente mi Papá y yo lo llevamos por las casas de la vecindad y preguntamos a la gente si había visto alguna vez a un pájaro como ése. Nadie lo recordaba. Se lo llevamos al taxidermista y tampoco él supo decirnos qué clase de pájaro era, aunque todos estábamos de acuerdo en que tenía que ser un pájaro acuático porque tenía los pies palmeados. Según el taxidermista, el pájaro debía de estar volando por encima del aparcamiento y confundió los reflejos del pavimento por un lago. Suponía que el pájaro se estrelló contra el asfalto y se rompió el cuello. A mí me pareció tan desaforada esta teoría del taxidermista que durante varios días no dejé de pensar en ella. Me ponía en el lugar del pájaro, volando por encima del aparcamiento, haciendo una travesía en busca de un lago. ¿Por qué un pájaro así se encontraba, para empezar, tan lejos de los lugares en donde hay lagos? ¿Cómo era posible que un pájaro se perdiese?

30/1/80
Homestead Valley, Ca.

Había penetrado profundamente en las treinta y dos hectáreas de pastos que acababan de brotar y la cabeza no paraba. Podía ver a través de las verdes hojas las marcas dejadas por el tractor en su última pasada. Las profundas depresiones de las huellas del ganado en los sitios en donde el suelo estaba embarrado y se lo habían comido todo y sólo quedaba un corto rastrojo amarillo. Más o menos cuando atajaron el incendio. Oía a mi cuerpo que quería irse y tenderse, pero mi cabeza no le hacía caso. Vi que aquí, al aire libre, era mucho más fácil determinar la hora. Todo aquí entendía íntimamente que el sol se estaba yendo. Hasta los halcones lo dejaban para el día siguiente.

Seguí pensando que allá en el establo había alguien que me llamaba. Oía en realidad su voz y me volví a mirar. No había nadie.

Me volví hacia la extensión de tierras y me pregunté hasta dónde ir. Exactamente la misma pregunta que me hice antes, cuando nadaba en el océano. ¿A partir de qué lugar empieza a ser peligroso seguir alejándose? Y comprendí que uno se lo pregunta cuando ya empieza a creer que ha ido demasiado lejos.

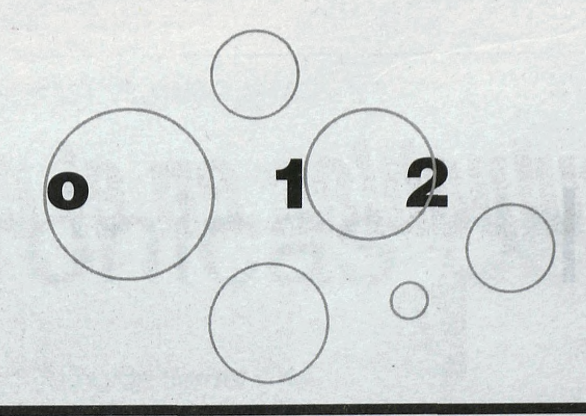
18/12/79
Petaluma, Ca.

Jack Montgomery metió todo el brazo hasta el fondo de la garganta de mi caballo. Yo se lo vi hacer. Me quedé mirándole, viendo cómo le desaparecía el brazo hasta el codo. Un riachuelo de baba teñida de verde por la alfalfa cayó sobre mis botas. Lo vi correr. Vi que mi caballo ponía los ojos en blanco, vi que me miraba como un demonio asustado. Vi desaparecer el sol detrás de su cabeza.

Petaluma adquiría una débil tonalidad anaranjada.

13/1/80
Petaluma, Ca. ●

JUEGOS



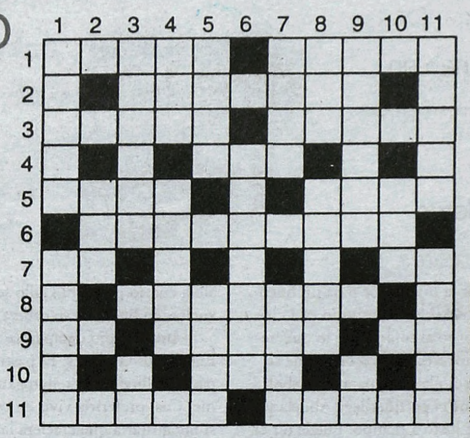
CRUCI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

De los astros / Instrumento de cirugía / Término algebraico / Se atreverá / (Cecil) Colonizador inglés / Pones sobrenombres o motes

Grasa sólida y dura de las reses / Falla, no atina / Pongo iridiscente / Trabajador de las minas / Dinamarquesa / Unidad de fuerza / Forma de ser / Exceso, tamaño desmedido / Parte del árbol / Niña pequeña / Ganado ovino / Carácter o condición de vocal / Vigésima letra en plural / Caer agua de las nubes / Atraer hacia sí / Juez hebreo / Ciudad de España / Nombre del escritor Asimov / Aves palmípedas domésticas / Sola en su especie / Cuarto de hospital / Trata con iodo / Asiento de la columna / Movimiento de una partícula / Res joven / Montaña de Grecia / Apartado / Embarcación que construyó Noé / Roturan la tierra con el arado

CLASICO



AYUDAS: AJARAFE, SOLIO

HORIZONTALES

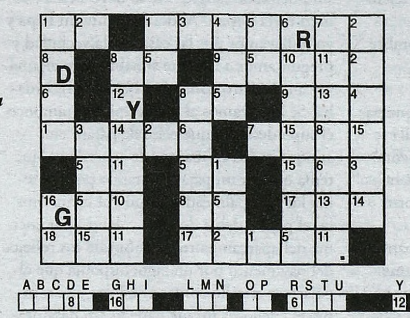
1. Empapar./ Cabestro de las bestias.
2. Terreno o lugar elevado.
3. Inclinado al robo./ Aparato que permite obtener haces concentrados de luz coherente.
4. Papagayo.
5. Dícese de lo que se toma o comprende entera o cabalmente (fem.)./ Canal estrecho entre dos islas o entre una isla y tierra firme.
6. Relatos con moraleja.
7. Iniciales de la tenista argentina Tessi./ Cloro.
8. Dícese del que da nombre a un lugar o una época.
9. Iniciales del cantante lírico Caruso./ Traer uno, como prueba, algún dicho o ejemplo./ Dos, en números romanos.
10. Pronombre demostrativo neutro.
11. Trono de rey o de papa./ Ráfaga.

VERTICALES

1. (Jean B.) Célebre pintor francés./ Produces una cosa que no existía.
2. Abreviatura de "Optica".
3. Piedra llana para poner una inscripción./ Quinientos cincuenta, en números romanos.
4. Desluce, manosea./ Torta americana de maíz.
5. Cada uno de los grupos en que se divide una especie./ Aceite.
6. Del Líbano.
7. Lengua de los gitanos./ Gran duque ruso.
8. Asociación de Fútbol Argentino./ Llama.
9. Moderación en los gestos y actitudes./ Siglas de "Instituto Científico".
10. Abreviatura de "escultura".
11. Extenso./ No religiosa.

CRIPTOFRASES

En cada esquema se esconde una frase. A igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar en cada caso, con las letras que intervienen



SOLUCIONES

CRUCI-CLIP

CRIPTOFRASES

"La libertad de pensar y de publicar todo es el origen de muchos males." Papa León XIII.

"Es imposible traducir la poesía; es como intentar traducir la música." Voltaire.

CLASICO

